

jimos, se consigue. Sin embargo el autor, capacitado como pocos para esta tarea, ha dejado para mejor ocasión el estudio profundo y exhaustivo, más psicológico que apologético, de la religiosidad del Libertador. Aquella religiosidad que trasciende a la práctica de una devoción, que hay que ir buscando a lo largo de toda una vida y que puede revelarse violentamente en el fondo de una actitud, de una palabra o de un gesto.

César Pacheco Vélez.

OCTAVIO GIL MUNILLA, *Teoría de la Emancipación*. Separata del N<sup>o</sup> 7 de *Estudios Americanos*. Sevilla, 1950.

Octavio Gil Munilla, del Seminario de Emancipación de la E.E.H.A., a quien la historiografía americana debe interesantes estudios, acaba de publicar una nueva obra, casi un trabajo esquemático, titulado: "Teoría de la Emancipación".

No obstante la brevedad de la exposición sobre tema de tanta importancia, y la ausencia de testimonios, mantiene un desarrollo lógico, y las conclusiones merecen evidente atención.

La emancipación americana, —afirma el autor— es uno de aquellos problemas que mantienen viva su actualidad, por lo cual es más prudente abarcarlo desde un punto de vista general para que el conjunto de investigadores se encuentre ante una idea central, que haga las veces de lazo de unión o de común denominador. La innmeritada importancia concedida a los enciclopedistas y a la Revolución Francesa, a la masonería y a la independencia de Norte América, ha gozado hasta hace poco de una fama ciega y engañosa, disputada en idénticas condiciones por las ya también desechadas corrientes ideológicas (española, francesa, sajona); todo lo cual fué origen de cierta conformidad ociosa o falsa satisfacción en los círculos interesados en los estudios americanistas, y aún entre los analíticos europeos.

Más tarde comprobóse aquella falta de honradez científica y se subsanó con multitud de aciertos, siendo uno de ellos, acaso el más fuerte, *la aparición de la burguesía*, clase efervescente cuyo fruto principal fué la Revolución Americana, como dice Gil Munilla.

No se quiere con esto decir que las anteriores causas, engañosas o exageradas, estén al margen de toda esta evolución burguesa o por mejor decir americana, sino que al lado de la anteriormente anotada, su acción y por lo tanto su importancia, aparecen sumamente empobrecidas.

Esta burguesía, tiempo es de decirlo, se formó por aquella multitud descendiente de los ganadores de la tierra, o sea, por los criollos, aquellos típicos pobladores de un continente descontento, que se consideraron por igual superiores al peninsular y al aborigen; aquel criollo visto por la Corona de los Austrias con buenos ojos siempre y cuando no interviniese en la política de su patria, y por la borbónica como vasallo inteligente a la vez que peligroso, al que se debía conservar y mantener contento por así requerirlo el porvenir del Reino.

En esta forma se explica bajo la primera dinastía el desplazamiento, en los altos cargos, de la clase criolla, por jóvenes y engreídos hijos de la Metrópoli, que sólo consiguieron levantar una ola de indignación colectiva; y la creación de la Real y Militar Orden de Carlos III, en la segunda, que muchas veces, al menos en los casos

indianos, parece tan sólo destinada a conseguir adeptos en torno de una Corona que desconfiaba cada vez más de sus hijos de ultramar.

La propia personalidad del criollo tuvo un nacimiento firme y un desarrollo normal, al que siguió la burguesía que habló muy repetidamente con sátira fruto de resentimiento, y que luego dió en Rodríguez de Mendoza y Ruiz y Pavón figuras preclaras.

En todo similar la burguesía americana a la europea, pasó por las mismas etapas en forma paralela: inclinación por la Naturaleza, exaltación del trabajo manual, economía reformada... y todas estas cosas alarmaron a ese Siglo de las Luces, que mostró con tanta nitidez primero a Aranda y a Godoy posteriormente, la prudencia con que debía contemplarse el bullir de los inquietos. Era la relación entre la burguesía y el poder político, de aparición demasiado tardía, pues ya los criollos —haciendo caso omiso de las mercedes del Rey Carlos— inclinábanse por otras cosas de sabor netamente dieciochesco: libertad . . . comercio . . . igualdad . . . y mil proyectos progenitores de la Emancipación, acontecimiento que fué alimentado por la distancia entre el centro del gobierno y los puntos gobernados, los viajeros extranjeros, las luces de la Ilustración y la característica autosuficiencia de aquel siglo, que tornó la vanidad criolla en incontenible soberbia.

Así apareció el mesocrático independiente que, so pretexto de libertad al indio, personaje de intereses muy distintos, proclama "una reacción contra la Conquista".

El epílogo de todo esto fué el triunfo de la burguesía y el relevo del poder monárquico, encauzado astutamente cuando un Rey dejó de serlo ante el capricho de un Emperador. Sin embargo, hay que reconocer que existieron burgueses opuestos a la Emancipación, los cuales no fueron otros que los ganados por la política borbónica. Ellos en buena cuenta no fueron nada frente a los burgueses separatistas, que despreciaban las Cortes, su Constitución y cuanto con Cádiz se relacionara.

Así se consumó la Emancipación Americana.

El estudio preliminar que, sobre la Teoría de la Emancipación Americana reseñamos, adolece de cierta generalidad que por momentos se torna en medio poco preciso para el esclarecimiento de problemas singulares, y en lo más del trabajo, en un elemento imprescindible dada la naturaleza del asunto, tema que ni el mismo autor considera concluido y al que califica de "simplemente una hipótesis" susceptible de reforma.

Hay mucho de verdad en lo que expone y los argumentos que se esgrimen son convincentes, pero tampoco se pueden pasar por alto algunos puntos tratados muy a la ligera y que son empero de una trascendencia vital.

De acuerdo estamos en que la fama concedida a los enciclopedistas y a la emancipación de Norte América es exagerada, y en algo también aquello de las corrientes ideológicas y la masonería, aunque con menor acentuación; pero la ausencia de algunos acontecimientos europeos, —que aunque secundarios tuvieron muy regular repercusión, y acaso sirvieron de estímulo a ese pensamiento criollo que comenzaba a sentirse dueño de la tierra propia— nos fuerza a recordarlos brevemente.

Así tenemos la Paz de Westfalia (1648), que ocasionó la caída del Papa, del Emperador y de la dinastía austriaca, con lo cual pasó Francia y Alemania a primer plano; el Tratado de Utrecht y el cese de Holanda, Menorca y Gibraltar como integrantes de la Corona; y la opinión americana sobre el Pacto de Familia; momentos todos que no pasaron inadvertidos a los indianos, antes bien, fueron aquilatados con ojos muy distintos a los de los españoles peninsulares.

Igual cosa pasó con la caída de los Austrias conservadores y el ascenso de los Borbones reformistas, que tantos cambios introdujeron en las Indias: creación del Virrei-

nato de Nueva Granada, similar institución en el Río de la Plata, supresión de correidores y aparición de los hasta entonces desconocidos Intendentes, el navio de permiso, supresión del monopolio.

Hay instantes en que parece se tratasen de estos puntos, pero la indecisión se apodera del lector. ¿Se querrá decir todo esto en rasgos generales? ¿Acaso no se olvidan tales puntos en tal época?

No se habla del Santo Oficio en relación con los libros afrancesados, ni mucho menos del afrancesamiento parcial de algunos precursores, así como el rechazo general de las ideas de la Revolución. Tampoco se mencionan las publicaciones del Nuevo Mundo ni las ideas liberales acentuadas, cierta intervención masónica y, sobre todo a fines del siglo XVIII, la sonada expulsión de los jesuitas, que tanto se dejó sentir en los lugares donde residieron.

Una sola vez se nombra a Rodríguez de Mendoza, aunque su acción es decisiva dentro de la burguesía criolla. La actuación de los virreyes también sembró en varios casos una creciente antipatía hacia la Metrópoli, que, si bien en ningún momento tomó posiciones alarmantes, ya algo indicaba en los países afectados.

Confesemos la comunión con las mismas ideas, y una vez más nuestro desacuerdo con el método generalizador, que tantas verdades omite, restándole belleza y testimonio a la Historia, ciencia ésta que necesariamente requiere de lo escrupuloso y singular sin que por ello resulte perjudicada una visión más amplia y general.

*José Antonio del Busto D.*

RICARDO LEVENE, *El genio político de San Martín*. Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft, [1950]. 434 p.

En el panorama de la historiografía argentina, destaca la personalidad de Ricardo Levene, acucioso investigador del Derecho Indiano, jurista de nota y escudriñador de la historia de su patria y América. Su obra sobre el General San Martín nos parece, por su carácter erudito, solidez histórica y muy encomiable cordura en el juicio, una de las más valiosas entre las que con motivo del centenario de la muerte del Libertador se han producido. Es objeto del autor —y lo dice en el prólogo— realizar una “interpretación de San Martín o enfoque de la personalidad del general estadista”. Aparte de “exhumar nuevos papeles” y organizar datos recogidos” (p. 8), verifica un planteamiento doctrinario, estudiando la vida pública del Protector en su más íntima raíz.

Levene analiza la situación política de España en aquella etapa histórica de anarquía e invasión, conmoviéndose ante “la imagen dolorosa de la Madre Patria, soberana y altiva, pero desangrada en sus entrañas” (p. 25); explica luego que en San Martín una de las ideas fijas “es precisamente la de anarquía y crisis de las multitudes, como fenómeno causante de males políticos” (id.)

Las logias que fundara el General Miranda en Europa, cuya similitud con las masónicas, según las más serias investigaciones, fué puramente superficial, constituyeron el vínculo que ligó permanentemente a los americanos precursores de nuestras nacionalidades. El autor puntualiza la intensa actividad del Libertador en la Logia Lautaro, tan vinculada a la Sociedad Literaria presidida por Monteagudo. Fueron —dice— “dos organizaciones con idéntico pensamiento: la independencia y la constitución, y por lo tanto la necesidad de no reconocer como gobierno legítimo sino aquél que sea